

VII	Certamen Literario	20
	Maestro Miguel	06

EDITA

Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo
Plaza Mayor, 1. 28229 Madrid

ALCALDE - PRESIDENTE
Juan González Miramón

CONCEJAL DELEGADA DE EDUCACIÓN
M^a Ángeles Soto Bernad

DIRECTOR C.E.I.P. SAN LUCAS
Carlos López Molina

DIRECTORA C.E.I.P. RAYUELA
Ana Álvarez Riego

DIRECTOR I.E.S. SAPERE AUDE
XXX XXXXX XXXX

DIRECTORA C.BILINGÜE VALLMONT
XXX XXXX XXXX

DISEÑO y MAQUETACIÓN
Cícerostudio identidad visual s.l.

© Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo.
Queda prohibida cualquier forma de reproducción, plagio, comunicación pública o transformación de esta edición sin contar con la preceptiva autorización por escrito de los componentes de la Junta Organizadora del Certamen Literario Maestro Miguel.

índice

ponencia???	4
momentos Maestro Miguel 2005	6
agradecimientos	8

CATEGORIA ESCOLAR - PROSA

1 ^{ER} PREMIO: UN LUGAR LLAMADO SANTUARIO. Eva Gras Tirado	10
2 ^O PREMIO: LA NOTA PERDIDA DE MOZART. Rodrigo Sánchez Mangas	18
3 ^{ER} PREMIO: UN VERANO DE MIEDO. M ^a Eugenia Rodríguez Delgado	22
MENCION ESPECIAL: EL ALCALDE EGOÍSTA. Nadis I. Rodríguez Samorah	28

CATEGORIA ESCOLAR - VERSO

1 ^{ER} PREMIO: ¿VIVA O MUERTA EN VIDA?. Laura González Malingraux	32
2 ^O PREMIO: SUEÑOS. Paula Leal López	36
3 ^{ER} PREMIO: TE QUIERO COMO A MIS OJOS. Alba Martín Ruiz	40

CATEGORIA ADULTO - PROSA

1 ^{ER} PREMIO: <i>DESIERTO</i>	
2 ^O PREMIO: EL SEÑOR DIONISIO. Beatriz García Bejarano	42
3 ^{ER} PREMIO: 112. Loreto Ares Arroyo	50

CATEGORIA ADULTO - VERSO

1 ^{ER} PREMIO: <i>DESIERTO</i>	
2 ^O PREMIO: TRES SONETOS DE AMOR, LA LUNA Y UN PAISAJE Juan Lorenzo Collado Gómez	56
3 ^{ER} PREMIO: ECOS DE LUZ CRECIENTE. José Navas Molina	60

ponencia

Pilar Mateos, una de las más destacadas voces de la literatura infantil y juvenil, ha sido la ponente del VI Certamen Literario Maestro Miguel. Su larga trayectoria profesional ha sido reconocida en numerosas ocasiones y como ejemplo podemos citar el premio Barco de Vapor por su obra "Jeruso quiere ser gente" en 1981, el premio Lazarillo con "Capitanes de Plástico" en 1982, Premio Ala Delta por "El fantasma en calcetines" en 1999. Otros galardones recibidos en otros ámbitos son el premio Margarita Xirgu de Radioteatro 1985 y el premio de guiones de RNE 1980.

Pilar destaca las siguientes de sus obras por los motivos que nos comenta:

Mi tío Teo (Anaya), porque es fresco, vivaz, divertido, preciso y simpático.

Molinete (SM), porque, siendo auténticamente infantil, encierra cierta complejidad y se ocupa de un niño inseguro y algo desasistido, con imágenes sorprendentes y con situaciones que destilan una vocación solidaria y multirracial.

El viejo que no salía en los cuentos (Fondo de Cultura Económica, colección A la orilla del viento), por el encanto y la humanidad de los personajes; por sus diálogos. Porque rompe con los roles habituales de una manera algo irónica y sin griteríos. Por el buen ensamblaje de la ficción y la realidad.

Gata García (Edebé), porque se ha conseguido un libro infantil bien construido, con personajes adultos.

La bruja del pan "pringao" (Edebé), por el candor de la bruja y su inocencia. Por lo batalladora que es. Porque siempre pierde y nunca se da por vencida. Por su capacidad para hacer realidad su sueño sin más recursos que los de la niñez -un tenderete de feria, una careta de cartón- y un toque de poesía.

Barbas Jonás y los títeres acatarrados, porque vá más lejos de lo que parece: la desolación que transmite el secuestro de Barbas Jonás. Porque, al pedir a los niños que indiquen lo que más les ha gustado, dan bastantes respuestas diferentes.

Silveiro el grande (Anaya), porque es una historia desatendida y rara, con una música distinta de la que suelo tararear y con alar-des imaginativos que me parecen logrados.

momentos Maestro Miguel 2005





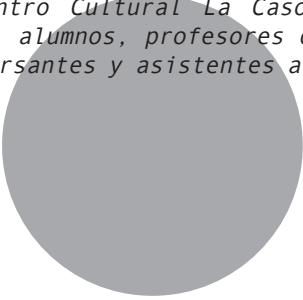
Muchísimas gracias, amigos del concurso

Un año más asistimos a una nueva edición del certamen literario Maestro Miguel, la séptima, y como es habitual, gracias al trabajo y esfuerzo de personas que forman parte de la Comunidad Educativa de Villanueva del Pardillo y su Ayuntamiento.

El grupo de amigos que habitualmente organizan el Certamen Maestro Miguel ha aumentado, gracias a la participación de los dos nuevos centros escolares que han entrado en funcionamiento en el presente curso escolar 2005-06: El C.E.I.P. Carpe Diem y el Colegio Bilingüe Vallmont. También agradecemos la participación de la Escuela Infantil Virgen del Soto y la Escuela de Adultos, que sin pertenecer a la Junta Organizadora, están siempre dispuestos a colaborar.

Obligado es personalizar nuestro agradecimiento en los miembros de la Junta Organizadora (Ana Álvarez, Carlos López, José Antonio Benito, Pilar Martín, Susana Costela, Alejandra Ochoa, Esther Hernández y M^a Ángeles Soto), los componentes del jurado en la categoría escolar (Carmen Buergo, María García de Nicolás y Pilar Puente) y en la categoría adulto (Paco Álvarez, Rosa Ana Escalonilla, José Antonio de Benito) y en los participantes del acto, Apuleyo Soto, ponente de la séptima edición, conductores del evento, participantes de las representaciones escolares, personal del Centro Cultural La Casona de Villanueva del Pardillo, alumnos, profesores de los centros educativos concursantes y asistentes al acto literario.

¡Gracias a todos!



obras
premiadas

VII	Certamen Literario	20
	Maestro Miguel	06

Eva Gras Tirado

UN LUGAR LLAMADO SANTUARIO

1^{er}
premio
escolar
prosa



Realmente, no importa el año, el mes o el día en el que ocurrió, sino el momento y el lugar en el que se sucedió esta historia, un lugar en el que aún resuena una pequeña y desgastada campana de bronce. Un lugar llamado, Santuario.

Un inmenso paisaje de montañas y bosques se extendía ante sus ojos. El cielo estaba azul y el sol inundaba la colina. Mientras, el viento azotaba los cabellos de ébano de una joven muchacha a lomos de un caballo negro que con sus grises ojos, escrutaba el horizonte.

En un instante, había tirado de las riendas y cabalgaba colina abajo sin detenerse, en contra de la voluntad del viento y con gritos de júbilo. Se detuvo ante del líder de la comitiva:

-La he visto padre-exclamó-estamos a tres días de camino.

-¿Habéis oído?-preguntó el hombre a su gente en voz alta-ya estamos cerca

Todo estalló en vítores y gritos de alegría. Después de casi cinco años de duro y doloroso viaje, en apenas tres días, podrían saborear de nuevo la libertad. Pero algo acalló sus gritos y nubló su alegría. Los bandidos se abalanzaron sobre ellos sin tregua en cuestión de segundos.

-Eva-dijo su padre-ya sabéis lo que tenéis que hacer.

La muchacha asintió y espoléó su montura mientras profería un grito. Todos los niños se reunían en torno a otros tres jinetes, y cuatro más salieron de entre la multitud con los restantes, algunos incluso, llevaban bebés.

Eva se aventuró entre la confusión en busca de sus hermanos, y los otros dos jinetes que faltaban.

Entre todo el barullo divisó a Alex, un muchacho rubio de ojos marrones y de diecisiete años, que llevaba consigo a la menor de las hermanas de Eva, Gabriela, abrazada a la hermana pequeña de éste, Elizabeth. Los tres se dirigían ya hacia los demás, pero Eva aún tenía que encontrar a sus otros hermanos. Tan concentrada estaba buscándolos que casi se chocó contra la última jinete, Sara, que llevaba a otra de sus hermanas, Verónica.

-¿Dónde están mis hermanos?- le preguntó.

-Yolanda y Cristian están con los demás, pero Oliver no sé dónde está- contestó Sara.

-Bien, marchaos ya-le ordenó-yo buscaré a Oliver.

Ambas se separaron. Los jinetes y los otros niños se adentraron en el bosque y Eva continuó buscando a su último hermano, el mayor después de ella.

Cabalgó entre la multitud con cuantiosa dificultad, pero al final lo encontró. Tendiéndole la mano, lo subió al caballo y se marcharon a toda velocidad. (En caso de emboscada, los jinetes de entre catorce y dieciocho años debían proteger a los niños).

Trotando sin tregua, se reunió con los demás en el bosque. Desmontó y abrazó a todos sus hermanos e intentó calmar al resto. Pero pronto, un grupo de bandidos los descubrió, y los muchachos tuvieron que defender a los niños. Los diez jóvenes lucharon con valentía contra los bandidos, que iban armados, y al final lograron hacerlos huir. Después, volvieron a reunirse, y comprobaron que aparte de algún rasguño, todos estaban bien.

Como habían dictado, se reunieron con la comitiva al anochecer, cuando el último de los rayos del sol se ocultaba tras la línea del horizonte, y le cedía el sitio a la luna.

En el campamento, el ambiente estaba muy cargado, en la lucha dos miembros habían muerto, y muchos estaban heridos, algunos de gravedad.

Después de enterarse de todos los daños sufridos y de la situación, Eva se dirigió a la tienda de su padre, que había resultado herido. De su interior salieron su madre, Ana, y todos sus hermanos, al



parecer, su padre quería hablar con ella a solas. La muchacha entró en la tienda y se arrodilló al lado de su padre mientras lo miraba con gesto preocupado:

-¿Cómo estás?-le preguntó.

-Los médicos dicen que soy demasiado duro como para morir a causa de una bala.

La chica sonrió. A pesar de su estado, su padre sabía siempre mantener la calma.

-Te recuperarás pronto-le dijo-dentro de poco toda esta locura habrá acabado.

-De eso quería hablarte Eva-respondió el hombre con seriedad-yo necesito reposo, y deberás ser tú la que nos lleve hasta allí-Eva se disponía a protestar pero su padre la interrumpió-yo te indicaré el camino, pero a partir de ahora tú estás al mando, y serás tú quién haga sonar la campana.

-¡Pero si sólo tengo dieciséis años!

-Tú-continuó-que sabes sonreír en medio del dolor; tú, que has logrado levantar el ánimo y devolver la esperanza a nuestro pueblo; sé que tus ojos aparte de cálidos pueden volverse fríos y duros como el hierro si la situación lo requiere. Confío en ti.

Eva no sabía que decir, le había cogido por sorpresa y ni siquiera se dio cuenta de que su padre le había colgado el medallón con el emblema de su pueblo.

-Sé que podrás hacerlo, Eva.

La chica no dijo nada. Salió en silencio de la tienda y se alejó del campamento hasta llegar a un río, en cuyas aguas se reflejaba la luna. Permaneció en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a sentir miedo. Se había refugiado en los mismos cuentos que les contaba a los niños, en las mismas historias de magia, en las ilusiones, y en la esperanza.

De su bolsillo sacó una tiza blanca, se colocó sobre una roca y trazó un círculo en torno a ella. No había vuelto a hacerlo desde hacía años.

-Santuario-susurró cerrando los ojos.

Entonces, volvió a sentirse protegida, sin temor, nadie podía hacerle daño.

Un lugar llamado Santuario



-Eva-la muchacha se giró-¿Estás bien?

Era Alex su mejor amigo, aunque para ella algo más.

-Si, es sólo que...-se detuvo mientras el chico se colocaba a su lado-mi padre quiere que yo os guíe hasta el paso, y que sea yo... quién haga sonar la campana.

El muchacho la miró, estaba preocupada, se notaba en sus grises y cálidos ojos.

-Lo conseguirás-le animó-nos harás libres, y por fin podremos dejar de huir.

-Sabes-comenzó Eva-cuando toda esta guerra empezó, y mi padre no estaba en casa, yo tenía miedo. Me sentía sola, asustada e indefensa. Y por ello me ocultaba tras una cortina azul, dibujaba un círculo de tiza en el suelo y me sentaba en él. Comenzaba a contarme a mi misma las viejas historias y los cuentos para olvidarme de lo que pasaba a mi alrededor. Sentía que nada malo podía pasarme allí. Era mi pequeño Santuario-hizo una pausa, y el muchacho la abrazó por detrás, entrando también en el círculo-Pero después llegó Oliver, y más tarde las gemelas, y tuve que empezar a ejercer de hermana mayor para evitar que ellos se sintieran igual que yo. Y lo mismo hice con Cristian y Gabriela, y con los demás niños. Pero ahora, me siento insegura. Tengo miedo y me siento sola e indefensa.

-No estás sola-le dijo Alex abrazándola más fuerte-yo estaré contigo, y sé que todo saldrá bien. En tres días seremos libres.

Se quedaron allí largo rato, observando la luna, dentro de aquel pequeño santuario dibujado con tiza blanca.

Hacia largo rato que la luna había ascendido, y debían llegar antes del alba, porque a la mañana siguiente se cumplirían los cinco años de plazo que tenían para llegar a esa nueva tierra, y que el coronel Buttox los dejara en paz. Debían pasar todos la línea y no volver a cruzarla hasta que Eva tocara la campana que había allí en la montaña, clamando la libertad de su pueblo.

En el cielo se acumulaban las nubes, y estaba empezando a chispear. Eva iba a la cabeza, montada en su corcel negro cuando un jinete se le acercó a toda prisa:

-En la retaguardia...Nos ha alcanzado...¡El coronel Buttox!-anunció entrecortadamente.

Eva se alarmó, pero rápidamente tomó las riendas del asunto. Estaban ya casi en la cima, al otro lado estaba su libertad, y no muy lejos la campana que debía tocar.

-¡Atención todos!-exclamó-ahí está vuestra libertad y detrás el coronel Buttox, ya sabéis lo que tenéis que hacer-acto seguido se encaminó hacia la retaguardia, mientras todos corrían montaña arriba para pasar al otro lado-Oliver-le dijo a su hermano-pase lo que pase prepárate para tocar la campana si es necesario-y se marchó-Debo cerciorarme de que todos suban-le explicó a Alex cuando se cruzó con él, pero antes de continuar, lo besó-nos veremos arriba.

Comenzaba a llover. Eva se situó al final apremiándolos y vigilando el avance del coronel. Cuando ya no quedaba nadie, comenzó a subir la montaña con su caballo. La lluvia arreciaba cada vez más fuerte, y entre los truenos oyó que alguien gritaba. Se volvió, y vio a una niña a mitad de camino, y al coronel muy cerca. Sin dudarlo, volvió a recogerla y comenzó a subir de nuevo, pero el terreno estaba embarrado y era muy difícil. Sin darse cuenta, alguien tiró de ella y cayó del caballo. Cuando se percató de lo que había sucedido, le ordenó al animal que siguiera adelante. Entonces notó que alguien la sujetaba con fuerza. Entre la lluvia, descubrió a un hombre de uniforme, armado y con un parche en el ojo. Era el coronel que la apuntaba con una pistola.

Alex hizo ademán de bajar pero Eva le gritó que se detuviera, y le pidió a su hermano que tocara la campana, aunque eso supusiera su sentencia de muerte.

-¡Si lo haces la mataré!-le amenazó el coronel.

-¡No lo hará! Me necesita para que no lo consigamos-le chilló la chica-¡Hazlo!

Pero Oliver no se movió. No sabía que hacer. Sin perder más tiempo, Eva se liberó de su captor, lo derribó y comenzó a correr entre la lluvia para llegar a la campana.

Trepó y escaló sin descanso, hundiéndose en el barro. Entonces oyó un disparo y cayó al suelo, la habían herido en el hombro, pero siguió adelante sin hacer caso del dolor ni de la sangre que manaba de de su herida.

Ya casi había llegado. Hizo acopio de todo su valor y voluntad. Casi no podía ver a causa de la lluvia, pero sabía que el coronel no estaba lejos. Le costaba subir y agarrarse a los salientes porque el dolor y el cansancio la acusaban sin tregua, además, estaba apunto de amanecer. Pero justo cuando la luz comenzó a aparecer entre la lluvia y el nublado cielo, Eva alcanzó la roca en la que estaba la pequeña campana de bronce. Se levantó con dificultad, y cuando se disponía a tocarla se oyeron más disparos, y Eva se desplomó sobre la roca con la espalda ensangrentada, haciéndose un brecha en la frente que ya empezaba a sangrar. El ejército del coronel había llegado. La muchacha no aguantaría mucho más, pero no podía fallarlos. De fondo, oía sus gritos, sus súplicas, notaba su angustia, estaban tan cerca. Intentó levantarse pero resbaló y volvió a caer. Inconscientemente, alargó el brazo bajo la incesante lluvia que la golpeaba; se levantó, y justo cuando la luz se aproximaba a la piedra de la campana, se oyó el sonido de la misma, anunciando el final.

-¡Libertad!-gritó Eva con todas sus fuerzas mientras se desplomaba sobre la roca.

Alex acudió en su ayuda. Cuando llegó hasta ella la volvió hacia él con suavidad, retirándole el pelo mojado de la cara, y la susurró que se pondría bien. Pero la mirada vidriosa de la joven le hizo comprender que aunque estaba luchando con todas sus fuerzas por mantenerse consciente, no duraría mucho.

-¿Somos libres?-le preguntó con seria dificultad.

-Si Eva, lo conseguiste, somos libres gracias a ti-respondió Alex con los ojos empañados.



-Bien-susurró la joven mientras sus párpados se entrecerraban.

Se iba a morir y él no podía hacer nada para evitarlo, iba a perder a la chica a la que amaba y eso le estaba destrozando el corazón, y decidió entonces besarla por última vez. La besó, entregando toda su alma en ello.

-Te quiero-dijo Eva en un último intento de hablar, pero sus palabras quedaron en la lejanía, sus párpados se cerraron, y murió en los brazos de Alex, con el último suspiro de libertad.

Desde aquel día en el que Eva tocó la campana el final del quinto año, devolvió la libertad a su pueblo.

Alex nunca se casó, se dedicó a transmitir la historia de Eva a las generaciones siguientes.

Y aún, en lo alto de la montaña, resuena el sonido de una campana que entregó la libertad a un pueblo, en un lugar llamado, Santuario.

Rodrigo Sanchez Mangas

LA NOTA PERDIDA DE MOZART

2°
premio
escolar
prosa

19

Paseando por una calle sin nombre de no importa de que pueblo o ciudad encontré una vieja nota.

Andaba sola y triste, posiblemente se había caído de una partitura, seguro que era una partitura muy vieja como ella.

Me la llevé a casa y se la enseñé a mis padres y hermanos, ninguno sabía de donde podía venir.

Subí con ella a la habitación y note su alegría al ver los instrumentos, pero no hablaba, no decía nada solo sonreía. Pensé: "Si toco alguna melodía a lo mejor se le une a alguna nota". Toqué la flauta, noté que sonreía pero no era su música.

Toque la guitarra, tampoco era su música,

...el acordeón,

...el tambor,

...el saxo,

...la trompeta...

...nada, no le gustaban las notas modernas que salían de los instrumentos.

¿Qué podía hacer? Me gustaba esa nota, sabía que formaba parte de algo importante y quería saber que era.

Era una nota sencilla con un sonido muy agradable, también era tímida, yo ya había notado que no quería relacionarse con ninguna nota de las partituras que yo tocaba. Pero había algo en ella que me gustaba, me tenía hipnotizado. La llevé a clase y se la enseñé al profesor de música, a él también le gustaba, pero tampoco sabía de donde podía venir.

Cuando él la tocaba notaba cierta tristeza ¿qué podía hacer con mi nota?

Un día vino a casa un amigo de papá, acababa de venir de Austria, concretamente de Salzburgo, y me trajo un libro antiguo con las partituras de un músico del que se estaban celebrando por todo lo

alto, los 250 años de su nacimiento, eran las partituras de la música de Mozart. Cuando me lo dió lo miré, pero no me hizo mucha gracia, había oído hablar de Mozart pero nunca lo había incluido en mis repertorios musicales. Me parecía un libro demasiado viejo. El libro tenía una encuadernación antigua, en piel marrón, esquinas doradas y en la portada la firma de Mozart.

Lo dejé en la estantería, yo lo que quería era resolver de donde venía la nota. Subí a la buhardilla, papá tenía allí guardado un viejo piano al que le faltaban algunas teclas, yo siempre he pensado que algo de magia tenía porque cuando se tocaban en él algunas partituras, no parecía que estuviera roto. Por eso papá nunca lo quiso tirar y allí estaba con mi nota.

Estaba algo nerviosa, se movía por toda la buhardilla algo había que le gustaba...

¡Era el piano!

Quería que yo lo tocara pero no canciones de mi repertorio, algo distinto, diferente a lo que yo tocaba habitualmente.

¿Qué podía hacer?

Saque del baúl partituras de: Mendelssohn, toqué la sinfonía número 3 en LA menor, de Händel, de Brahms, de Albeniz... papá subió asustado, oía mi música con el viejo piano y reconoció que le gustaba, que él nunca había tocado así. Mamá también subió, y mi hermano, y mi hermana, y el amigo de papá...y yo seguía tocando y tocando, había algo mágico en ese piano pero mi nota sólo escuchaba, no se emocionaba: no era su música, no eran sus partituras.

Bajé a la habitación y sin saber porqué cogí el libro de partituras de Mozart.

Tenía que tocar con él.

Al subir, la buhardilla se había convertido en un pequeño auditorio. Mamá había colocado unas antiguas cortinas de terciopelo rojo, en el fondo con unos butacones de mimbre alrededor del viejo piano.

El amigo de papá, no hacía más que decirme: "¡toca a Mozart!" "¡Es genial!" "Cuando él era como tú ya

había tocado en las distintas cortes europeas” “Era un genio” “Un gran compositor, como tú, y aprendió también de su padre”. “Era muy original para la época, y su armonía era muy avanzada. Trabajaba mucho y abarcó muchos géneros” en esto se parecía a ti. “Toca a Mozart” “Toca esas viejas partituras”...

Animado por el amigo de papá abrí el viejo libro... empecé a tocar.

Algo estaba pasando...

Las sonatas, las sinfonías, y cualquiera de las partituras del libro no sonaban como yo quería, algo faltaba.

Observé las partituras detenidamente, a todas les faltaba la misma nota: ¡Mi nota!

La miré y entendí que se había caído del libro para que yo la encontrara. Como por arte de magia, la coloqué en el libro y lo cerré.

Al abrirlo de nuevo pude interpretar a MOZART como nunca antes había hecho con ningún otro compositor.

Fue una suerte que el amigo de papá me trajera el viejo libro de partituras de ese genio del que celebramos los 250 años de su nacimiento.

Ma Eugenia Rodriguez Delgado

UN VERANO DE MIEDO

3^{er}
premio
escolar
prosa

23

Sabía que aquel no iba a ser un verano como los demás. No nos íbamos a ir de vacaciones porque mis padres tenían que entregar un proyecto en octubre y según ellos iban muy retrasados, así que no se tomaban ni un solo día libre. Mi hermana mayor se iba de campamento con unas amigas y mis abuelos decidieron irse a visitar a unos familiares suyos, así que me iba a morir de aburrimiento.

Poco a poco todas las familias de la urbanización se marchaban de vacaciones hasta que no quedó ni un solo niño ; mi madre se quedó trabajando en casa, pero siempre estaba ocupada y yo ya no sabía que hacer.

Hoy puede ser un día totalmente diferente, ha llegado un camión de mudanzas y parece que tenemos vecinos nuevos. Están bajando muchas cosas pero como vienen todas en cajas no se puede ver nada. Parece que se mudan al 2º C así que voy a bajar a espiar.

-¡Vaya vaya! esto se pone interesante, están subiendo unas cajas muy raras por la escalera, parece que no caben en el ascensor. Pero esto es rarísimo si parecen ataúdes, no puede ser, me voy a acercarme un poco más. Trataré de asomarme un poco sin que me vean. Un señor muy raro está abriendo las cajas, no le puedo ver porque está de espaldas pero lo que si veo es lo que hay dentro y estoy casi convencida de que es un ataúd con la forma un poco rara. UHF, ¡qué miedo!

-Ahora que estoy de vuelta en mi casa y con la puerta bien cerrada ya puedo pensar.

¿Qué clase de gente guarda un ataúd en su casa? Desde luego ninguna persona normal, creo que ni los enterradores. Tenía que averiguar mas cosas pero este asunto me olía cada vez peor.

Hoy ya no podré investigar nada más porque mi madre me ha prometido que me lleva al cine. La película no está nada mal, es sobre Drácula y por fin he conseguido verla porque nunca me llevan a ver estas cosas. Desde luego me ha dado alguna pista de lo que puede hacer un ataúd en casa de alguien, pero tengo que esperar a mañana y averiguar algo más antes de sacar conclusiones.

Cuando le comento a mi madre a cerca de los nuevos vecinos, lo único que me dice es que tengo mucha imaginación y que pasaremos a darles la bienvenida y a ofrecerles nuestra ayuda para lo que sea.

Tocamos el timbre pero no contesta nadie así que regresamos a casa a esperar a mi padre.

Es una pena, pero todavía no les pude ver la cara.

Al día siguiente, no sale ningún ruido de su casa, yo sola no me atrevo a tocar el timbre, no sé lo que me puedo encontrar, así que decido dejarlo para más tarde. Voy un rato a la piscina a ver si tengo suerte y hay alguien.

¡Qué aburrimiento! Ya no aguanto más, nado, me tiendo al sol, juego con la Game Boy, vuelvo a nadar y las horas no acaban de pasar. Si por lo menos me hubieran comprado un perro como les pedí al aprobar el curso, pero nada, ¡ni eso!

Cuando me levanto de la siesta, decido que después de merendar me iré a espiar un poco a los nuevos vecinos desde la escalera, desde allí no me pueden ver y tengo que averiguar algo más.

Creo que me he quedado dormida porque ya está oscureciendo, pero al fin se está abriendo la puerta y salen.

Me encojo de miedo, no me atrevo ni a respirar por si me oyen. Esto es mucho peor de lo que pensaba. El, es un hombre altísimo, con el pelo negro peinado hacia atrás y su cara es tan blanca que parece pintada y encima lleva una enorme capa negra. Las cosas no pueden estar más claras, sin duda son Vampiros, a mí no me pueden engañar, aunque ella parezca normal vestida de forma tan elegante. Ahora encaja todo, el ataúd, salen al anochecer y seguro

M^a Eugenia Rodríguez

25

que se pasan el día durmiendo, pero sobre todo, él es clavadito a Drácula.

Dios mío, ¡qué miedo! no sé qué tipo de víctimas les gustarán pero seguro que su mejor bocado son las niñas como yo, como en la peli.

Esa noche, durante la cena les conté a mis padres todo lo que había visto y ante mi sorpresa, en vez de preocuparse se echaron a reír.

-Pero Eugenia, mira que tienes imaginación. ¿No te das cuenta de que los vampiros no existen?

-Claro que existen ¿De dónde os creéis que vienen todas las historias que cuentan por ahí? Nadie se va a inventar eso.

-No hija eso son leyendas. Además te puedo demostrar que los vecinos no son vampiros -dijo mi padre.

-Ah sí ¿Y cómo?

-Pues mira, según dicen, los vampiros no pueden ver la luz y ellos y ellos se mudaron aquí durante el día y no les pasó nada.

-Algo se habrán tomado para que haga efecto - les contesté aunque tenía mis dudas.

-Bueno, si quieres te puedes proteger de ellos con unos ajos - se rió mi padre

No sólo me molestaba que se tomaran todo a risa, sino que encima me estaban tomando el pelo.

Me fui a la cama muy preocupada pensando qué podría hacer al día siguiente para desenmascarar a los vecinos. Después de darle muchas vueltas, me acordé de los ajos y decidí coger algunos en la cocina para ponerlos en la puerta de los vecinos. Además fabriqué también una cruz para que fuera más efectivo.

Hoy va a ser el gran día, les voy a demostrar a mis padres que tengo razón aunque espero que no me descubran, no vaya a ser que me chupen la sangre y me convierta en una de ellos.

Bajo con cuidado las escaleras, dejo los ajos y la cruz sobre la alfombra que tienen al lado de la puerta y me voy porque hasta la noche no salen.

El día se me ha hecho muy largo, pero creo que ya llegó la hora, me esconderé otra vez en la escalera a ver qué pasa.

Ya están saliendo, ¡ qué emoción y qué miedo ¡. Pero ¿qué es esto? dice el vecino. Alguien ha dejado esto aquí tirado, toma -le dice a su mujer, tíralo a la basura.

No me lo podía creer, eran más resistentes de lo que yo creía. Había cogido todo con las manos y no le había pasado nada. Me fui corriendo antes de que me descubrieran.

-¿Dónde estabas? me preguntó mi madre, ya llegó papá y era hora de cenar.

Antes de que pudiera contestar sonó el timbre y mi padre abrió la puerta.

Mi padre fue a abrir la puerta cuando ví que eran los vecinos.

-¡Oh no me han descubierta y nos atacarán!

Empiezan a hablar y yo no me atrevía a salir, estaba en el comedor asustada.

Me entró un escalofrío y no sabía que hacer.

-Ven aquí - dijo mi padre

¡Han convertido a mis padres en unos de ellos! Me quedé tiesa pero mis pies seguían caminando.

-Ehhh... papá ya voy.

-Vamos Eugenia, que te tengo una sorpresa

Me asomé poco a poco, preparada para escapar en cualquier momento.

-¡Hola Eugenia! -dijo el vecino- estaba deseando conocerte, tengo una niña de tu misma edad que llega mañana de la casa de sus abuelos y me gustaría que os hicierais amigas porque no queda nadie en la urbanización -dijo.

-Mira, además nos ha traído un regalo -dijo mi papá.

-Bueno, son unas entradas para mi espectáculo, soy un mago, por eso ando vestido así, me voy a trabajar. Tengo un número muy bueno, meto a mi mujer en una caja larga, la corto por la mitad con una sierra y cuando vuelvo a unir la caja, sale sin que le pase nada, pero es mejor que lo vengas a ver.

-Muchas gracias, dile a tu hija que me encantará jugar con ella,

Cuando se fueron, no sabía qué decirles a mis padres, estaba muerta de vergüenza, pero también

27

M^a Eugenia Rodriguez

aliviada. No les podría contar a mis amigas que tenía unos vecinos que eran vampiros pero un mago tampoco estaba nada mal, a lo mejor me enseñaba algún truco.

Después de todo, aquel podía ser un buen verano.

Nadia I. Rodriguez Samorah

EL ALCALDE EGOISTA

mencion
especial

29

Las personas mayores de Hamelòn eran las más mandonas de todo el universo. No Dejaban en paz a los niños: haz esto, haz lo otro, no hagas eso, lávate la cabeza, cómete la verdura, ve a la cama... Nunca paraban de mandar. Los mayores tenían reglas para todo. dulces, ni saltar, ni fiestas, ni mascotas, ni helados, ni compotas. Ni fútbol, ni bocatas, ni muñecas, ni patatas... ¡vaya lata! Los mayores eran especialmente estrictos con los niños tenían que sabérselas de memoria. Ni tele, ni juguetes, ni cantar, ni regalos, ni alimentos fritos.

-¡Esas grasientas patatas fritas y esas hamburguesas hacen que os salgan granos y os volváis perezosos!-les decían los mayores a los niños. Así que tenían que comer los niños fruta y verdura cinco veces al día, y nada de picar. Todo era correcto e impecable en Hamelon. A las niñas les recogían su pelo en forma de moño y vestían pantalón largo. Los chicos tenían que llevar pantalón corto hasta que murieran y unos calcetines largos. Era aburridísimo, era insoportable y era pesado.

El jefe de todos los mayores de Hamelón y el más estricto era el alcalde. El alcalde de Hamelón se pasaba todo el tiempo inventándose nuevas reglas para que las cosas fueran más aburridas. No le gustaba los niños y detestaba a los animales.

-¡Los animales son muy desastrosos!-decía el alcalde. Necesitamos una nueva ley: a partir de ahora, las vacas irán al lavabo, y los pájaros, que son unos bichos muy sucios, llevarán pañales. Los niños y niñas de Hamelón habrían hecho cualquier cosa por poder tener un perrito o un hámster, o incluso un vulgar insecto, pero estaban prohibidas estrictamente. A medida que pasaba el tiempo, las cosas iban de mal en peor...

Un Lunes, el alcalde prohibió la música, los bigotes y las patillas. El Martes prohibió los chicles, los chocolates y las charlas. El Miércoles prohibió los relojes, los hierbajos y los susurros. El Jueves prohibió los teatros y las ideas luminosas. El Jueves prohibió la pesca, las ranas y los fuegos artificiales. El Sábado prohibió rascarse, sonreír y los espantapájaros. El Domingo... bueno, el Domingo algunos niños decidieron reunirse en secreto.

-Esto ha llegado demasiado lejos -dijo uno de los niños mayores.- ¡Hemos de hacer algo YA!. Hemos de detener a ese loco de alcalde.

-Necesitamos ayuda-, dijo un niño, -Necesitamos a alguien que no tenga miedo de los mayores.

De modo que los niños escribieron un mensaje que decía:

¡SOS! LOS NIÑOS DE HAMELÓN BUSCAN UN HÉROE SIN MIEDO DE LOS MAYORES. SALVADNOS DEL ALCALDE LOCO QUE DICTA DEMASIADAS LEYES ¡SOCORRO! VEN PRONTO.

Los niños enviaron el mensaje a todos los periódicos del país. Lo mandaron por e-mail. Lo mandaron por fax. Lo mandaron por internet. Responder a: rom-pereglas@hofdasgf.com. Luego se fueron a casa a merendar verdura.

A la mañana siguiente, cuando iban a la escuela, los niños vieron una extraña figura en lo alto de una montaña cerca de la ciudad. Los niños se dieron cuenta enseguida de que era un forastero porque vestía de la forma más increíble. En vez de pantalones cortos, llevaba unos pantalones largos de color rojo y amarillo y chaqueta a juego.

Tenia el pelo recogido en una coleta y, lo más sorprendente, era que el chico iba montado en una bicicleta de montaña. Para asombro de los niños, el forastero bajó hacia ellos a toda velocidad por la montaña. La bici se detuvo en medio de una gran nube de polvo. Sólo entonces los niños se dieron cuenta de que el forastero tenía algo en las manos... algo terrible... algo perverso que estaba terminantemente



prohibido en Hamelón... ¡una hamburguesa! con patatas fritas y todo. Brillante sal y mogollón de ketchup... Un murmullo recorrió la multitud. Los niños se quedaron boquiabiertos cuando el muchacho empezó a hablar con voz cantarina: -Ayer, con asombro extraordinario, decidí venir sin dilación a ayudar a los niños de Hamelón. Esa es la razón de mi visita. ¿Queréis probar una patata... frita?

Los niños de Hamelón se quedaron helados. No daban crédito a lo que veían. Entonces, muy lentamente, un niño se adelantó, miro a su alrededor y rápido como el rayo agarró una patata y se la metió en la boca...y luego empezaron a comer todos. En aquel momento el alcalde estaba buscando a los niños que iban tarde al colegio cuando, de repente, escuchó un ruido. El alcalde les vio y empezó a gritar y gritar qué hacían comiendo eso, pero se quedó mudo porque nadie le hacía caso y empezaron a reírse. El alcalde se volvió loco y las reglas desaparecieron y los animales lo persiguieron desde ese día. Ya no hubo más reglas y la gente hacía lo que le daba la gana, ¡y también el alcalde! Sí, sí, el propio alcalde.y el alcalde tuvo unos hijos lindos y cariñosos, sus hijos tuvieron la misma historia.menos uno que incumplió las reglas. Por que para el todo era un juego. Pero sus hijos fueron normales. Luego el mayor fue alcalde como su padre y el no tuvo reglas ni problemas.

Laura Gonzalez Malingraux

VIVA O MUERTA EN VIDA?

1^{er}
premio
escolar
verso



*Siento mi existencia
tan invisible,
tan transparente e insignificante ...
Inaudible el suspirado susurro de mis palabras
desvaneciéndose en el aire ...
¡Quiero gritar al mundo mi desesperación!
Inexplicablemente,
me quedo quieta, muda, pálida,
como si de una blanca e inerte estatua me tratase.
¿Por qué este repentino silencio?
Me arden los ojos,
se me nubla la vista,
me hierve la sangre en las venas
y recorre poco a poco mi cuerpo
abrasándome por dentro.
La desolación
Me invade y se apodera de mí
como una serpiente
rodea y ahoga a su víctima.
Una helada y suave brisa*

*arrastra mi último suspiro
helando a su paso mi sonrisa
quebrándola en punzantes pedazos,
para no volver a ser vista.
Mi leve y delicada voz,
ya olvidada y deteriorada por el paso del tiempo,
se apaga lentamente
para jamás volver a ser escuchada por nada ni nadie...
Vida, un valle de lágrimas
sumergido en el universo del sufrimiento.
Ya caminando, me acerco a su final
y encuentro la gran inmensidad del vacío,
de la nada, de la infinidad ...
Llegando aquí,
mirando hacia atrás el sendero de mi vida ya pasada,
arrepentida me pregunto:
¿Por qué todo este dolor?
¿Existió la felicidad en mí?
¿Hice algo provechoso?
¿Me sentí vivir?
¿He vivido o he muerto en vida?
La duda me atormenta,
pero ya es tarde.
Poco a poco me voy posando sobre una tierra,*

Laura Gonzalez Malingraux

35

de la que jamás volveré a levantarme.

Se acerca el fin.

¿Y cuál es la realidad?

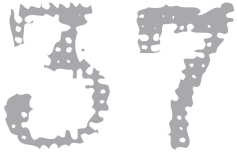
La realidad es

que yo jamás existí...

Paula Leal Lopez

SUENOS

2°
premio
escolar
verso



*El cielo azul,
al amanecer y al anochecer
pinta las nubes
de rosa, azul y morado,
por encima de mi tejado.
Yo a medio día
suelto globos de colores
a los ángeles de mis amores.*

*En la fuente serena,
las niñas bonitas
lavan sus delantales
bordados a mano con lindas flores
que recuerdan a los amores.
Luego los tienden al viento
que en un momento
se lleva sus pensamientos.*

*A la orilla del río
los niños chicos,
tiran las chinias,*

*mientras las niñas
bailan y cantan bajo la encina.
Por el camino
se escuchan ecos de risas
de magia y alegría.*

*Tumbada en mi cama
sueño despierta
con un campo de flores,
y siento que vuelo,
por encima del suelo
entre los colores,
y escucho a las hadas
cantando canciones.*

*En mis sueños de niña,
de niña pequeña
mis sueños se escapan
por la ventana abierta
y el viento los esparce
por el mundo entero,
y en un instante
la gente los oye
y escucha el cuento
de mis preciosos sueños.*

Alba Martin Ruiz

TE QUIERO COMO A MIS OJOS

3^{er}
premio
escolar
verso



*Te quiero como a mis ojos,
como a mis ojos te quiero,
quiero tanto a mis ojos
porque te vieron caminar.*

*Quiero a las transparentes aguas,
quiero a la ardiente lumbre,
quiero a las suaves sedas,
y el temblor de las frágiles mariposas.*

*Quiero los pétalos de las suaves rosas,
que sonrojan las mejillas de las mozas.
Quiero las luciérnagas verdes,
con su luz,
que me alumbra y adormece.*

*Pero a ti,
como a mis ojos te quiero,
con ardor y sentir verdadero.
Mi corazón nunca olvida al amigo sincero.*

*Por la espuma y el lucero,
por la luz como a ninguna,
sólo a ti, amigo
como a mis ojos te quiero.*

Beatriz Garcia Bejarano

EL SENOR DIONISIO

2°
premio
adulto
prosa



Yo hacía días que lo imaginaba, ¿sabe usted?, pero no pensaba decir nada, no señor, que luego dicen que una es muy cotilla y que le gusta entrometerse en la vida de los demás, pero era muy raro que el señor Dionisio llevara tantos días sin dar señales de vida, y con el ruido que arma cada vez que sube o baja las escaleras, un escándalo, que hasta la señora Piedad, la del segundo, que está más sorda que una tapia, no hace más que protestar, y gritarle a quien quiera escucharla que ya ni en su propia casa puede una vivir en paz. Y anoche, anoche terminé de convencerme, pues el gatillo del señor Dionisio, flaquito como los niños de África que salen en la tele, estuvo toda la noche maullando sin parar, pobrecito, qué pena me daba, a mí se me antojaba las plañideras de mi pueblo, que lloran en los velatorios y da igual si al muerto lo conocían o no, porque lo hacen con un sentimiento que para qué. Y a nadie se le escapa, le digan a usted lo que le digan, que el señor Dionisio iba a terminar muy mal, con esa manía suya de recoger todos los trastos que encontraba por la calle y llenar la casa con ellos, y aún al principio lo hacía con buen criterio, pienso yo, y lo mismo aparecía con una lámpara nuevecita, casi sin estrenar, qué hay que ver cómo es la gente, que rápido se cansa de las cosas y las tira, o las cambia por otras más modernas, qué sé yo, o con un espejo de esos antiguos, con el marco estropeado, pero él era muy manitas, y lo lijaba, y lo pintaba, y le quedaba como recién comprado, pues anda que no hubo comentarios con el famoso espejo, cuántas envidias despertó. Pero luego, poco a poco, con los años, y también con los achaques, claro, aunque no es una crítica, bien lo sabe Dios, que nadie está libre de semejante desgracia, se le fue

El Señor Dionisio



yendo la cabeza, y ya en los últimos tiempos se pasaba los días subiendo cacharros inservibles y hasta bolsas de basura sin abrir, que era acercarse al rellano del último piso y salir corriendo del olor, madre mía, qué olor, que se te metía en la nariz y ya no había manera de desprenderse de él, algo parecido a lo que dicen les pasa a los forenses, que llevan metido el olor de los cadáveres en el alma. Y yo pensaba, como a este buen hombre le dé por morir se nos vamos a enterar, enterrado como se va a quedar entre la basura. Qué sentimientos tenemos a veces, ¿a usted no le ha pasado nunca?, como si nuestra mente tuviera vida propia y fuera capaz de conocer el futuro antes que nosotros mismos, como si corriera a más velocidad y tardáramos un tiempo en alcanzarla. Siempre detrás de ella, con la lengua fuera. Lo que yo le diga.

Yo llevaba días imaginándolo e incluso diría que lo sabía con seguridad. Y los demás vecinos, pues no lo sé, pregúnteselo a ellos. Si lo sospechaban, nadie dijo nada. Seguramente les importaba un pimiento. A todos menos a Mojamé. Vive en el cuarto, justo debajo del señor Dionisio. No se llama así, pero tiene un nombre tan raro, para mí todos los moros son Mojamé, una ya está muy vieja para aprender idiomas. Y es buena persona, ¿eh?, no vaya usted a pensar lo contrario. Que era el más afectado con el tema de los olores que salían del piso del señor Dionisio y nunca dijo nada. Se compadecía de él, le tenía realmente preocupado. Este señor tiene un problema, está enfermo, y está muy solo, ¿cómo podemos ayudarlo?, me preguntaba, cuando me veía fuera de la portería, barriendo las escaleras. Y lo decía de corazón. Yo no sabía qué contestarle. Para mí, no protestar por el mal olor ya era hacer suficiente, pues si hubiéramos tenido que echar al señor Dionisio, se hubiera quedado literalmente de patitas en la calle. No tenía adónde ir. ¿Se habrían hecho cargo de él los servicios sociales del ayuntamiento? No sé que decirle. De todas maneras, al final algo habríamos tenido que hacer, no fuéramos

a resultar perjudicados los demás. Mucha gente había hecho correr la voz de que por la caridad entra la peste, nunca mejor dicho. Y si los rumores hubieran llegado a oídos de los dueños del edificio, que están locos por echarnos a todos y vender el solar, que eso les resuelve la vida a ellos y a cualquiera, vamos, que el pobre señor Dionisio habría terminado en el vertedero municipal, igual que todos los trastos que llevaba años almacenando.

Bueno, a lo que estábamos, que se me va el santo al cielo. Que esta mañana he oído las sirenas de los coches de policía y luego han empezado ustedes a aporrear la puerta de la calle, por Dios, qué prisas, y he tenido que salir a abrirles así, de cualquier manera, que ni tiempo de adecentarse un poco le dan a una, y les he visto ahí fuera tan serios que me ha dado un vuelco el corazón, y me he dicho, ya está, ya ha ocurrido una desgracia. Si es que no pasan más cosas porque Dios no quiere, ya ve en qué condiciones vivimos, estas paredes están que se caen de puro viejas, cualquier día tienen que venir a sacarnos a todos de debajo de los escombros. Aquí no paramos más que viejos, a juego estamos con las paredes, ¿y qué vamos a hacer?, pues nada, resignarnos, ¿irnos a vivir con nuestros hijos?, yo por mi parte a mi yerno no le puedo ni ver, con esos aires de suficiencia, ni que hubiera nacido en La Zarzuela, si no es más que un cateto venido a más, cuántas veces se lo habré dicho a mi hija, claro que ella tampoco hace mucho por que yo salga de esta portería destartalada, se imagina que aquí estoy divinamente, que conservo mi independencia, bueno, con los años he aprendido a no hacerme mala sangre por esas cosas, lo que sí que echo de menos es ver a mis nietos más a menudo, que vienen a verme por Navidad y ya se consideran cumplidos para todo el año. Y es que a los jóvenes de hoy no hay quien les entienda, tantas carreras, tantos idiomas, tantos viajes al extranjero, y todo eso, ¿para qué?, para terminar perdiéndoles de vista en el momento menos pensado, que sí, que será muy moderno eso de tener

sólo uno o dos hijos y darles lo mejor de lo mejor, vamos, lo que nosotros no habríamos podido soñar ni de lejos, pero que al final te den la patada en el culo, con perdón, aunque estará usted de acuerdo conmigo en que a las cosas hay que llamarlas por su nombre. Y si no mire usted al bueno de don Julio, el que vive en el sótano, con unas humedades que anda el pobre dobladito del reuma, que se le ha agarrado a los huesos como si fuera una lapa, y ya no le soltará hasta que Dios lo tenga en su gloria. Pues dicen las malas lenguas, aunque él nunca ha soltado prenda, así que vaya usted a saber, sobre todo la de la señora Piedad, que estará sorda, o eso dice ella, pero tiene un radar más fino que el de los murciélagos, que capta las ondas que vuelan por el aire y se entera hasta de lo que no está escrito, que sí, que se lo digo yo, que se ande con ella con mucho ojo, pues dicen que era un señor de familia bien, incluso muy bien, con dinero y propiedades, desde luego no he conocido a persona con más educación, ni más amable ni más atenta, que no ha dado nunca un problema, y siempre está dispuesto a echar una mano en lo que sea, como cuando desahuciaron a la infeliz de Carmelita y a sus tres hijos, que le cabían todos debajo del delantal, como lloraban los tres, con unos lagrimones que les lavaban la cara mejor de lo que lo había hecho nunca su madre, pues eso, que don Julio los metió a todos en el sótano, madre mía, apretujaditos debían de estar como en una caja de alfileres, hasta que don Julio movió no sé qué hilos y les admitieron a todos en la casa de acogida que hay ahí abajo, en la plaza, que dicen que es sólo para mujeres maltratadas, pero como yo digo, bastante la había maltratado la vida ya a esa pobre mujer como para que le negaran el asilo, a ella y a sus tres criaturas, que habría matado por ellas, se lo digo yo, pero a veces una no tiene más entendederas que las justas y cuando te ves en un atolladero no sabes cómo salir de él. Pues cuentan que don Julio, de lo bueno que era llegó a ser tonto, y decidió repartir todo lo que tenía



entre sus hijos antes de morir, para que pudieran disfrutar de todo estando él en vida, y no de cuerpo presente. Y luego, cuando vinieron mal dadas, se vio más solito que la una, con toda su familia desperdigada pegándose la gran vida y sin una triste mano a la que agarrarse. Y eso es lo que cuentan, verdad o no, apenado sí que está el hombre, que parece el caballero de la triste figura. ¿Le ha visto al poco de llegar ustedes, asomándose a las escaleras, para enterarse de lo que había pasado? Siempre tan discreto, sin perder la compostura, aun así habría jurado, fíjese lo que le digo, que se le caía una lagrimita... ¿Por el señor Dionisio? No, que nunca tuvieron trato alguno. Quizá por él mismo, que cuando suceden cosas así uno no puede dejar de pensar, pues me podría haber pasado a mí también, y quién me habría echado de menos, y qué sé yo que más, que te rondan unas ideas por la cabeza, madre de Dios, que hay que desecharlas como sea y tirar para adelante, aunque a los pensamientos, ya se lo he dicho, ya, no siempre se les puede poner freno...

Y el señor Dionisio, vaya sorpresa, yo pensaba que no tenía familia, y ahora me dice usted que esa señora que ha venido a recogerle es hija suya, madre mía, qué abrigo llevaba, de visón lo menos, parecía una de esas famosas que salen en los programas de cotilleo, y ese coche esperándola en la calle, con chófer y todo, Virgen Santa, no me diga que no es una indecencia presentarse así a ver a su padre, que por muy loco que estuviera no dejaba de ser su padre, a mí se me habría caído la cara de vergüenza. Qué solito estaba el señor Dionisio y cuánto habría podido hacer su hija por él, no dejándole aquí tirado para que le compadecieran unos extraños.

Bueno, que no quiero entretenerle más de la cuenta, que tiene que seguir usted haciendo su trabajo, y no puede pasarse la mañana oyendo desvariar a una pobre vieja. Que espero haberle servido de ayuda, aunque haya algunas cosas que no deba usted tener en cuenta, ya que no son más que mi modesta opinión. Voy a ver si arreglo un poco el estropicio que me

han organizado, que me han dejado un montón de basura de la casa del señor Dionisio desparramada por las escaleras, ya sé que van ustedes con mucha prisa, pero ya podían haber tenido un poco más de cuidado, ya. Por cierto, ¿han encontrado el espejo ese tan bonito del que les hablé? Pues porque me haría ilusión quedarme con él, ya ve usted qué tontería. Ay, ¿lo ha oído usted?, ya está ahí otra vez el pobre gatillo, cuánta hambre debe de tener, voy a prepararle un platito de leche con unas miguitas de pan espachurradas, minino, minino, ¿dónde estás?, tengan cuidado cuando se marchen no se les vaya a escapar por la puerta de la calle, qué iba a ser entonces de él, pobrecito, minino, bonito, ven aquí, no me mire usted con esa cara, que aunque vieja estoy tan cuerda como la que más, y a la espera de tiempos mejores podemos hacernos el gatito y yo un poco de compañía.

Loreto Ares Arroyo

112

3^{er}
premio
adulto
prosa

51

RODRIGO

Mírame. Sígueme. El cielo se presenta infinito ante nosotros. Tenemos una vida por delante. Tenemos un universo entero. Tantas estrellas. Tanto futuro. Un cielo. Cógeme de la mano. Yo te digo lo que pasa alrededor. Corre. Rápido. Sígueme. No te preocupes por tus gafas oscuras. La gente no te va a mirar. Nadie está girando la cara para no sentir el asco que les das. Olvida tus malditas gafas. Yo te diré lo que veo. Lo que todos ven. Un viejo mira a una quinceañera en la parada del autobús. Está enamorado y la niña abraza a un corpulento jugador de fútbol. Una chica llora y vende su sexo por un abrazo. Pero sólo le dan dinero. Un feto llora en el suelo y alquila familia. Un ventanal se rompe en pétalos de tulipán blanco y suena un disparo a lo lejos. Han matado a una esperanza. Más cerca, el envoltorio de un helado de nata baila con una bolsa transparente para chucherías. Corre. Nadie nos mira. Hemos llegado. Salta. Caer. Muere.

MARTA

La niña desenvuelve una chokolatina. Sus dedos grasientos miran el plástico manchado y acaricia el cacao derretido. Cinco personas la miran. El espectáculo de la niña gorda que come chocolate. Acerca sus gruesos labios e introduce el dulce en su boca. Mastica despacio. Todas esas calorías ya invaden sus músculos. Toda la grasa llega a sus venas. Su sangre no late. Su sangre, viscosa. Como el chocolate masticado que baja por su garganta. Cinco personas vestidas de blanco, y de verde, y de negro, miran cómo traga la espesa masa. No hay nada más importante que ese chocolate. Toda la vida son esos gramos de leche, avellana, cacao y azúcar. La niña

gorda engulle, despacio, la vida acompañada de un vaso de agua.

JAIME

Se mira en el espejo. Apunta con el gatillo al reflejo. Le favorece la pistola en la frente. Le sienta bien. ¿Qué tal en verde? Diferentes posturas. Diferentes blancos. Diferentes heridas. De oreja a oreja. Atraviesa el cerebelo y no da tiempo a oír el disparo. Apunta directamente a la frente. Estira los brazos y señala a su reflejo, que está a punto de morir. Dispara. No ocurre nada. O todo, quizás. El espejo se resquebraja pero todos y cada uno de los pedazos de cristal permanecen en su sitio. Observa su rostro fragmentado en mil pedazos. Acaba de morir. Pero él aún no lo sabe. Odio. Rabia. Golpes. Violencia. Golpea el espejo con saña. Ruido. Ruido. Ruido. Música violenta suena en su dormitorio. Al ritmo del *I hate people I hate people* de la minicadena se pega con un reflejo que son cristales que son sangre.

ALBERTO

210 km/h. Curvas. Viento en la cara. Ventana abierta. Pisa fuerte. Todo recto. 220 km/h. Una vida que no cuenta volando en una carretera. Volando. Ascende. Abre las alas. Despegando. Abróchense los cinturones, que el avión va a despegar. 230 km/h. ¿Felicidad? El pelo violentamente hacia atrás. La sonrisa. Ríe espontáneamente. Es la primera vez que ríe desde hace tanto tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que rió? Cuando le dijeron que papá había muerto. Carcajada va, carcajada viene. 240 km/h y se burla de los niños que mueren. Es un niño y no le importa morir. Velocidad. Crash. Mosquito contra parabrisas. Cuerpo atravesado por mil pedacitos de cristal.

Rodrigo, el viejo, busca sus gafas oscuras en la mesilla que no encuentra a su derecha. El viejo esconde su cara avergonzado cuando una chavalita le

habla. La enfermera, dice. ¿Dónde está? Cayó, cayó, cayó. Y esto no parece el Paraíso. Pero el infierno no es blanco, luminoso. ¿Por qué tanta luz? El viejo ciego y suicida llora. Y de sus ojos vacíos, duros y secos cae una lágrima. De las que no le quedaban.

-Cuarenta y cinco kilos. Un metro ochenta-. Marta está harta de que la pesen. Aún siente el sabor viscoso del chocolate entre sus labios. Ganas de vomitarlo y de que la masa marrón flote repugnante en el fondo de algún váter. La niña gorda observa a los cinco médicos que estudian su peso y su altura. -Aún no podrás ver a tu familia. Te quedan tres kilogramos por engordar para media hora de visita-. La niña gorda llora.

Jaime continúa con la canción *I hate people* metida en su cabeza. Sólo escucha eso. El ritmo de las guitarras y de la percusión golpeando en su cabeza. La voz del cantante machacando su cerebro. No siente las manos. No siente los brazos. Querría mirar para ver si siguen ahí, o si se quedaron tras el espejo, como Alicia. Pero no puede mover la cabeza. *He hates people.*

A Alberto le duele cada centímetro de piel. Duele cada poro. Aún siente el pelo moviéndose al viento. Al viento. La velocidad le provoca vértigo. Adora el vértigo. Vértigo. Y la velocidad sigue en su estómago. Y el golpe. Y el ruido. Y los 240 kilómetros por hora. Y su corazón estallando en pétalos de rosa negra. Y su grito. De entusiasmo. De miedo. De pasión. Ahora es sólo un cuerpo maltrecho en una cama de hospital. Quieto. Pero su alma sigue volando.

Un viejo en una azotea. Una gorda niña escuálida le mira. El viejo no, porque no ve. Pero la siente. Se miran con esos ojos duros de los que ignorar que tras las gafas oscuras hay algo llamado futuro. Hay un hombre que tararea una canción y gesticula y

simula tocar una guitarra; balancea las piernas sobre el vacío. Él no mira. Pero sí ve. Ve el futuro, tras veinte pisos de caída libre. Mira sus manos. Sus brazos. Vendas que cubren la saña, que cubren la furia. Quiere atravesar el espejo. El hombre Alicia. Una masa informe en la otra punta de la azotea. No se mira la piel. Ríe. Velocidad. Quiere ser parabrisas. Quiere que choquen contra él todos los mosquitos. Quiere recuperar la velocidad. Quiere recuperar el vértigo. Y hace maniobras de circo en la barandilla de la azotea. Y se burlan de todos los suicidas. Cuatro personas en el aire. Cuatro viejos, cuatro niños. Miran al vacío. Deciden. Sonríen. Saltan.

El vacío les mira a ellos. Decide. Sonríe.

Futuro de color asfalto.

Juan Lorenzo Collado

TRES SONETOS DE AMOR,
LA LUNA Y UN PAISAJE

2°
premio
adulto
verso

57

I

*Quiero quitarme miedo a la penumbra,
vestir el corazón de colorido,
poner un árbol nuevo en cada nido
y bendecir el sol que nos alumbra.*

*Quiero alzar la bandera que deslumbra
las orillas de un mundo oscurecido,
postrarme ante tu rostro amanecido
y adorar la belleza que te alumbra.*

*Llueve y la lluvia me parece llanto
de flores blancas, universo breve
cubierto por la gracia de tu encanto.*

*Y muere el viento en el cristal, y llueve,
y se refleja en el cristal tu encanto
y en la piel sensación de mi relieve.*

II

*Me aproxima la lluvia tu vacío
y el labio de las nubes un tremendo
cántico de la altura, leve atuendo
del infinito sobre suelo frío.*

*Une el amor tu corazón y el mío.
música silenciosa va surgiendo
de todos los rincones. Ya comprendo
que sin mares no puede haber navío.*

*Ni siquiera la calma de la noche
apaga este latido de emoción
que llega hasta tu piel hecho pedazos.*

*La fuerza de la vida es un derroche
de sinrazones en el corazón
y de cuerpo rendido entre los brazos.*

III

*Sigue el viento viajando de tu lado
mientras caminas entre las espigas,
meciendo tus deseos, sin fatigas,
al amparo de llano enamorado.*

*Tus ojos se reclinan de costado
sobre amapolas bellas entre ortigas.
No es necesario ahora que me digas
lo que duele un camino abandonado.*

*Apoyo mi existir sobre tu mano
sintiendo el resplandor de tus palabras
detrás del horizonte más lejano.*

*Busco en tu pensamiento azul arcano,
la llamada final para que me abras
la puerta de tu templo soberano*

IV

*Sendero de cristales se deshoja
bajo su bello influjo generoso.
Sonrisa femenina, amor piadoso,
cada noche de sueños se despoja.*

Juan Lorenzo Collado

59

*A veces es moneda, a veces hoja
inclinada hacia el mundo con acoso,
un rostro blanco, un gesto caprichoso
donde la juventud su amor aloja.*

*Luna: amiga del alba, candelero
de sueños, luminaria permanente
que completa la tierra de emociones.*

*Ella alumbra en la noche mi sendero,
una con lo menguante y lo creciente
y enciende el fuego de los corazones.*

V

*Esa calle soy yo. Siempre presente
escucho su latido en la ciudad
y el sol se multiplica con piedad
para besar asfalto dulcemente.*

*Bien conozco el talante de su gente,
su historia cotidiana, su bondad.
Yo soy yo y también mi vecindad
y también una parte de su mente.*

*El eco de mi calle es balanceo
de luna, la alegría y la ternura
que derrama en aceras mi deseo.*

*Mi calle se me ciñe a la cintura
bajo tejados rojos, aleteo
de pájaros que aumentan su estatura.*

Jose Navas Molina

ECOS DE LUZ CRECIENTE

3^{er}
premio
adulto
verso

01

I

La amanecida

*En la mañana fría
me apareciste de la nada,
como la amanecida,
como la suave herida
que lame la miel salada.*

*Sobre mi pecho yacías,
cenicienta y aletargada,
cual caricia dormida,
cual cicatriz fingida
que turba la piel dorada.*

*Y fue la amanecida,
al sorprenderme en tu regazo,
quien extendió su manto cano
para arrojarnos a la vida,
desnudos hacia el ocaso.*

II

En el azul de la tarde

*De blanco, en el azul
de la tarde frente al mar,
soledad,*

*de cara a tu plenitud,
entre nubes sin tiempo que vienen y van,
mi alma flota sobre hilos de luz.*

Es la gloria.

*Los sueños abrazan las olas,
las olas recrean los recuerdos,
los recuerdos agitan los vientos
que mecen sin pudor la memoria.*

Es mi memoria.

*Las luces apagan las sombras,
las sombras encienden los besos,
los besos envuelven mi cuerpo
que gira como una noria.*

*De blanco, una tarde
de azul frente a la mar,
felicidad,
tu luz plena me arde,
y amparada en su noble inmensidad,
mi alma hila ilusiones en el aire.*

III

En tu mirada ausente

*En tu mirada ausente,
tras el cristal opalino
de unos ojos complacientes
que se colman de vacío,*

Jose Navas Molina



*me he visto entre la gente,
aislada,
a solas con tu frío.*

*En tu mirada penitente,
tan frágil como un suspiro,
tan huera en su continente,
tan yerma en su contenido,
la noche cae para siempre,
calmada,
como gotas de rocío.*

*Y a tu sonrisa perenne
se ancló mi ánimo abatido,
en las arrugas de tu frente
sellé mi adiós definitivo,
sobre mi pecho doliente,
callada,
clavé tu último latido.*

Este
libro se terminó
de imprimir el día
28 de abril de 2006 en
Villanueva del Pardillo
con motivo de la celebra-
ción del VII Certamen
Literario Maestro
Miguel